



EL MALTÉS EN MADRID.

PRIMERA PARTE.

En la corte de Madrid,
aplaudida y celebrada,
residia un caballero,
que aunque natural de Malta,
por unos ciertos negocios
en dicha corte se hallaba.
Jueves Santo por la tarde,
con un criado en compañía,
á visitar las iglesias
salió y á corta distancia,
al revolver una esquina
encontró con una dama
y una criada detrás
que á esta señora acompaña.
Llegándose al caballero
le dice estas palabras:
Señor, si como lo muestra
vuestra presencia hidalga,
sois noble, no dejareis
de otorgarme una demanda.
Yo de mi casa he salido
sola con esta criada:
voy á andar las estaciones,
como devota cristiana;

y porque parece mal
caminar sola una dama
de mi porte, yo os suplico
que vengais en mi compañía.
Respondió el Maltés: pues yo
camino á igual circunstancia,
iré, señora, sirviendo
de norte á vuestra esperanza.
Los cuatro caminan juntos
con armonía y compañía:
visitaron cinco templos,
y del último en la grada
volvió el rostro el caballero,
y la dice: bella dama,
ya que hemos andado los templos
que la Santa Iglesia manda,
quedad con Dios, porque tengo
un cuidado de importancia.
Dijo la dama: señor,
hasta dejarme en mi casa
importa me acompañeis,
pues vuestra persona hidalga
no ha de permitir que yo
quede aquí desamparada.

1111

BIBLIOTECA DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS Y LETRAS DE MADRID

porque ya va anocheciendo
y está lejos mi posada:
y eso, el buen caballero,
fuerza le fué acompañarla;
cruzan calles, callejuelas,
y por fin llegan á casa.
Quedó el criado á la puerta
á esperar que su amo salga:
subió arriba el caballero,
y en una muy rica sala
lado á lado se sientan,
platicando cosas varias,
cuando vido de improviso,
por la puerta de la sala,
entrar á tres embozados
sin hablar una palabra,
y empiezan á pasearse
los tres juntos por la sala.
Esto que vió el caballero,
el rostro volvió á la dama,
diciéndola: ya, señora,
hora es de que me vaya;
y sacando su reloj
con caja de oro esmaltada,
ha dicho: las ocho son,
y hago falta en mi casa. ✓
No seais de esa manera,
ha respondido la dama;
de nada tengais recelo,
que son criados de casa
los tres que mirais presentes,
la cena está aderezada;
luego en cenando os ireis.
Y estando en estas palabras,
acercóse un embozado
sin descubrirse la cara,
y dijo: qué buen reloj
veámosle, camarada.
Alargó el reloj diciendo:
reloj, persona y mi casa
están al servicio vuestro.
Y sin replicar en nada
se quedó con el reloj,
y dándosele á la dama,
dijo: recibe, señora,
aquesta pequeña alhaja
de un criado de los tuyos;
y se lo entregó á la dama.
Viéndose el buen caballero
en confusion tan estraña,
en su corazon pedía
á la Virgen soberana

del Cármen, que le librase
de aquella infame canalla:
Y les dice: amigos míos:
mucho estimaré en el alma,
que ustedes me den licencia,
porque es tarde y hago falta,
que tengo que despachar
para mi tierra unas cartas.
Los embozados le dicen:
caballero, si nuestra ama
gusta de que usted se quede
á cenar en su campaña,
nada pierde usted en ello,
no hay que replicar palabra,
que aquí se otorga por fuerza
lo que no se hace por gana.
Oyendo esto el caballero,
de esta manera les habla:
pues que me quedo, señores,
á cenar aquí en compañía,
un gusto me habeis de hacer,
pues que tengo yo en mi casa
un buen vino de un presente
que recibí esta mañana;
y así, si queréis, llamad
á mi criado que le traiga.
Llaman arriba al criado,
por escusar que bajara
el amo, y le dicra cuenta
de lo que allí le pasaba,
le dice el amo al criado:
anda, ves ligero á casa,
y en la papelera grande
allí encontrarás tapadas
unas botellas de vino;
toma las llaves y marcha,
traelas, y ven ligero
que la cena nos aguarda,
que estoy aquí convidado
á cenar con esta dama.
Al tiempo de dar las llaves,
sin que nadie lo notara,
le apretó el amo la mano
con una fuerza estremada.
Novedad le hizo al criado
esta accion jamás usada,
y ver tambien los tres hombres
que embozados allí estaban.
Se fué á su casa ligero,
y abriendo al instante el arca
en busca de las redomas,
allí solo halló que estaban

fuerzas un par de pistolas; y como
Pasmado quedó al mirárlas, porque
discursió al instante en su mente
que en aprieto su amo estaba.
Salió á la calle corriendo, y
encontró un camarada que
y le dió cuenta de todo lo que
lo que con su amo pásase.
Partiéronse los dos juntos, y
donde está el cuerpo de guardia;
dieron cuenta al oficial,
el cual al instante mandó
que vayan diez granaderos
con la bayoneta armada.
Todos á la casa llegan,
á la puerta el criado llama,
entran al tiempo que ya
aquella infame canalla
tenian al caballero
las manos atrás atadas,
tendido en el duro suelo
esperando lo mataran;
se arrojan los granaderos
sin darles pié de ventaja.
A todos los aprisionan,

tambien á la falsa dama;
desatan al caballero,
que á todos les dió las gracias.
Empiezan luego á mirar
todos los cuartos y salas;
una puerta ven cerrada;
las puertas al suelo echaban;
todos se quedan confusos
al ver lo que dentro hallan:
en tres artesas tenían
cubiertos de sal y agua
á tres racionales cuerpos;
y mirando mas la cuadra,
encontraron de otros seis
las momias embalsamadas
arrimadas á un rincón
con una estera tapadas.
A la justicia avisaron,
y acuden con vigilancia,
llevan presos á los reos;
luego el juzgado mandó
que aquellos difuntos cuerpos
se les dé tierra sagrada,
y que á los reos los carguen
de prisiones muy pesadas.

SEGUNDA PARTE.

Al instante que quedaron
de la manera que he dicho,
vuelven los señores juces,
como les toca de oficio,
á entregarse de los bienes
de los reos; y al proviso
hallaron dentro de un arca
muchas joyas y vestidos,
relojes de oro y plata,
cajas, cadenas, cintillos,
y gran cantidad de dinero
en plata y oro fino.
Les toman declaración
á los presos con sigilo;
pero todos cinco niegan
temerosos del castigo.
Mandán veair al verdugo
al instante y de improviso
para que por fuerza cante
lo que por bien no han querido.
Sacan la dama primero,
como causa del delito:
la ponen en el tormento,

pero luego al instante ha dicho:
yo confesaré, señores;
suelténme por Jesucristo.
Allojan luego las cuerdas
de cáñamo retorcido,
y empezó su confesion
con lágrimas y suspiros,
diciendo: sepan, señores,
de mi historia los principios.
Es mi nombre Leonarda,
y Robles por apellido;
nací en la noble Antequera,
desde entregada á los vicios,
en casa de una vecina
lograba mis apetitos.
Llegó un caballero un dia
muy arrogante y lucido,
que es uno de los tres
que aqui están presos conmigo.
Este despues de lograr
mis afectos y cariños,
me dijo como á Madrid
venia con dos amigos,

á tratar unos negocios;
y si gustaba seguirlos,
todo cuanto yo mandase
estaría á mi servicio.
Así á esta corte llegamos,
donde ya hará que vivimos
doce años, sin tener
hacienda, renta, ni oficio
para mantener el fausto
á mi persona debido.
Como era fuerza buscarlo,
discurrimos este arbitrio:
salía yo muy compuesta
de joyas y de vestidos
para traer á mi casa,
de mi belleza rendidos,
muchos nobles caballeros;
y mi fingido marido
con los otros caballeros;
esperaban prevenidos,
y quitándoles la vida,
joyas, dinero y vestidos,
luego los difuntos cuerpos
por escusar el fastidio,
los echábamos en sal,
por cuatro días ó cinco,
dentro de unas artesas,
y despues de consumidos,
se iban de noche sacando
y se tiraban al río,
de esta suerte, pues, murieron
veinte y seis hombres y un niño.
Ya he concluido, señores;
y ahora clemencia os pido.
Sacan despues al galán,
y puesto en el mismo sitio,
al instante confesó
las muertes y latrocinios,
con todas las circunstancias,
como arriba queda dicho.
Luego los dos compañeros
han declarado lo mismo;
y la criada tambien
confesó lo que habia visto.
Los señores magistrados
pasmados quedan de oírlos;
les fiscalizan la causa,
y del consejo ha salido,

que primero por las calles
á los cuatro arrastron vivos,
ahorcándoles despues;
y que en cuartos divididos
sus cuerpos, para escarmiento,
se pongan en los caminos
y á la criada la saquen,
en pago del buen servicio,
emplumada por las calles,
que pague lo merecido.
Les leyeron la sentencia,
y luego les han metido
en la capilla, y allí
confesados y contritos,
sin cesar piden á Dios
les perdone sus delitos.
El día cuatro de Julio
en esportones metidos
los sacaron de la cárcel,
y de caridad movidos
los congregantes, los llevan
en el aire suspendidos,
entre guardias por la calle,
y así llegan al suplicio.
Los sacan de los serones,
y tomando un crucifijo
Leonarda, con gran valor
y con corazon contrito
le dice: Dueño del alma,
Criador y Padre mio,
me pesa, por ser quien sois,
de haberos así ofendido;
misericordia, mi Dios.
Y la escalera ha subido;
empieza á decir el Credo,
llegando al único Hijo,
de la escalera la arrojan
y quedó cádaver frio,
dando muestras de que fue
á gozar del Paraíso;
y el mismo arrepentimiento
los tres hombres han tenido.
Cinco horas los tuvieron
en la horca suspendidos,
despues los hicieron cuartos,
y en los reales caminos
con duras clavos de hierro
los fueron dejando fijos.

FIN.

MADRID. Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.

